

La Ciudad de Los Portales

was begun in 2011 and rounded off in 2013 under the working title 'Guantánamo'. Currently publishing avenues are being explored.

My second work mainly features my city of birth. I ambitiously want to show you around in my city in four different era's, featuring characters I have come to care for and I hope you will too. Here is a taste of what I've named 'La Ciudad de Los Portales', the City of Portals.



Thérèse Poutou llegó a Cuba con 17 años, un baúl lleno de francos y los fantasmas de sus padres y sus cuatro hermanas masacrados por los negros de su propia dotación. Con una determinación que por primera vez se ponía a pruebas y una rabia implacable, en un santiamén la joven se devolvió en las lomas de Monte Rus la opulenta mansión donde nació y vivió con su familia en Saint-Domingue. La quiso reconstruir con toda precisión. Quiso con esa casa devolverse una continuidad que se había quebrado con sangre y horror. Quiso sellar esa fractura habitando la misma casa, viviendo la misma vida y guardando total silencio sobre su pasado. Alrededor de los veinte ya había levantado con la ayuda de Nazario, su marido, un imponente cafetal que regía con mano de hierro: "Renaissance", el mas grande y productivo cafetal de la zona con enormes secaderos, con almacenes, letrinas, establo y hasta una presa para contener grandes cantidades de agua que fluía a través de un sistema de acueductos diseñado por ingenieros franceses. Hizo crear un bello y elegante *jardin français* en la parte posterior de la mansión, todo simetría y perfección. Con fuentes, estatuas, pérgolas, farolas, estanques en justa armonía y en durísimo contraste con la vegetación silvestre de las lomas. La Poutou a lo largo del tiempo también hizo construir caminos empedrados en los

alrededores de su territorio. En sus terrenos, aunque alejados de la mansión, vivía con su familia Palmiro el capataz.

Térése Poutou aparentaba mucha más edad de la que realmente tenía. No porque su piel hubiera perdido tersura, ni porque a sus carnes le faltara vigor sino por la dureza de su rostro, la hosquedad de su mirada. Faltaba en su rostro un guiño, una sonrisa. Desconfiaban siempre esos ojos. Faltaba en su cuerpo lo sensual, lo casual. Sus movimientos: rápidos, nerviosos, abruptos, marciales casi. La Poutou ordenaba, organizaba, dirigía. Ese era su dominio. Los rejugos del amor le eran ajenos, le eran nimios pero eso no lo pudo ver Nazario Suárez cuando la descubrió una mañana saliendo del Banco Metropolitano en la Calle Real. La fuerza, la seguridad en la mujer fue el imán al que no se pudo resistir. Un varón de estas tierras habría asociado su imagen de hembra salvaje al erotismo de dominarla, de domesticarla pero Nazario no. Nazario sintió amparo en la belleza de una muchacha rica. Ella calculó en él compañía, servidumbre. Se gustaron desde la primera ojeada.

Nazario era un joven romántico que vino al Nuevo Mundo por el placer en la aventura. Dejó atrás en Sitges cerca de Barcelona, madre, padre y dos hermanos a quienes no volvería a ver. Enamoradizo, tierno, amable. Hacía poco más de un año que vivía en Santa Catalina cuando conoció a la Poutou. Compartía un cuarto en una pensión barata de la calle Colón con su primo Cipriano, quien lo embulló a viajar. Sobrevivía más bien pero no se quejaba. Se complacía con poco y con poco era feliz. El aire de estas tierras le sentaba bien: Vivía algo sin rumbo, como al azar. Disfrutaba de todo, de todos y hasta de nada. Ese estado de placer, de comodidad perenne era su dominio.

En un año y meses que llevaba viviendo en el pueblo, Nazario aún no había visto caer la lluvia. Esa mañana soleada y fresca nada indicaba que llovería. Pero llovió el Guaso. De la nada, en la presencia del sol, rompió insolente un aguacero estruendoso y el día se oscureció en un pestañazo. La gente,

rauda, a correr, a escampar en los portales cercanos. El hombre se guareció en el del Banco Metropolitano. Ella que no se había percatado que afuera llovía, salió del Banco para irse directo al cafetal. Salió apresurada enredada entre cuentas y planes y salió con tal impulso que si Nazario no la sujetaba del brazo habría ido a parar al lodazal en que se había convertido ya la calle. Ella le agradeció y luego de alguna galantería que debió decir Nazario, se separaron algo de la gente y conversaron en francés las tres horas que diluvió.

Seis meses después de ese encuentro se casaron en el cafetal, sin ninguna ceremonia y por insistencia de la Poutou, allí se quedaron a vivir. El amor jamás se les apareció a ninguno de los dos. En su lugar, se fueron acomodando con una combinación de rutina, fortuna, algo de sexo, tolerancia, libertad y miedo que los sostuvo por cinco años. Nazario, amante de la concordia, toleraba; por no dañar la armonía siempre complacía. Evitaba confrontaciones, evadía, se vedaba. Madame Poutou persuadía, imponía, decidía sin consenso, desoía. Vengativa y rencorosa, descargaba casi siempre su ira sobre los esclavos. Jamás lloraba la Poutou.

Al sexto año de esa insípida unión, el corazón de Nazario no soportó más y necesitó consuelo. Lo encontró en la ternura de una joven mulata del servicio doméstico. Dulce y tímida. Muy cariñosa y de un erotismo magnético. Sintió Nazario que se enamoraba por primera vez, que por primera vez amaba. Tanto amor de golpe lo aterró pero le dió también la fuerza para protegerlo hasta las últimas consecuencias. Fue un amor secreto, breve, intenso. La madre de la esclava y la familia de Palmiro fueron los únicos confidentes. Dió un hijo. Iba a dar otro. Habría durado toda la vida pero la traición era una ofensa que la Poutou no perdonaría, que castigaría con severidad.

